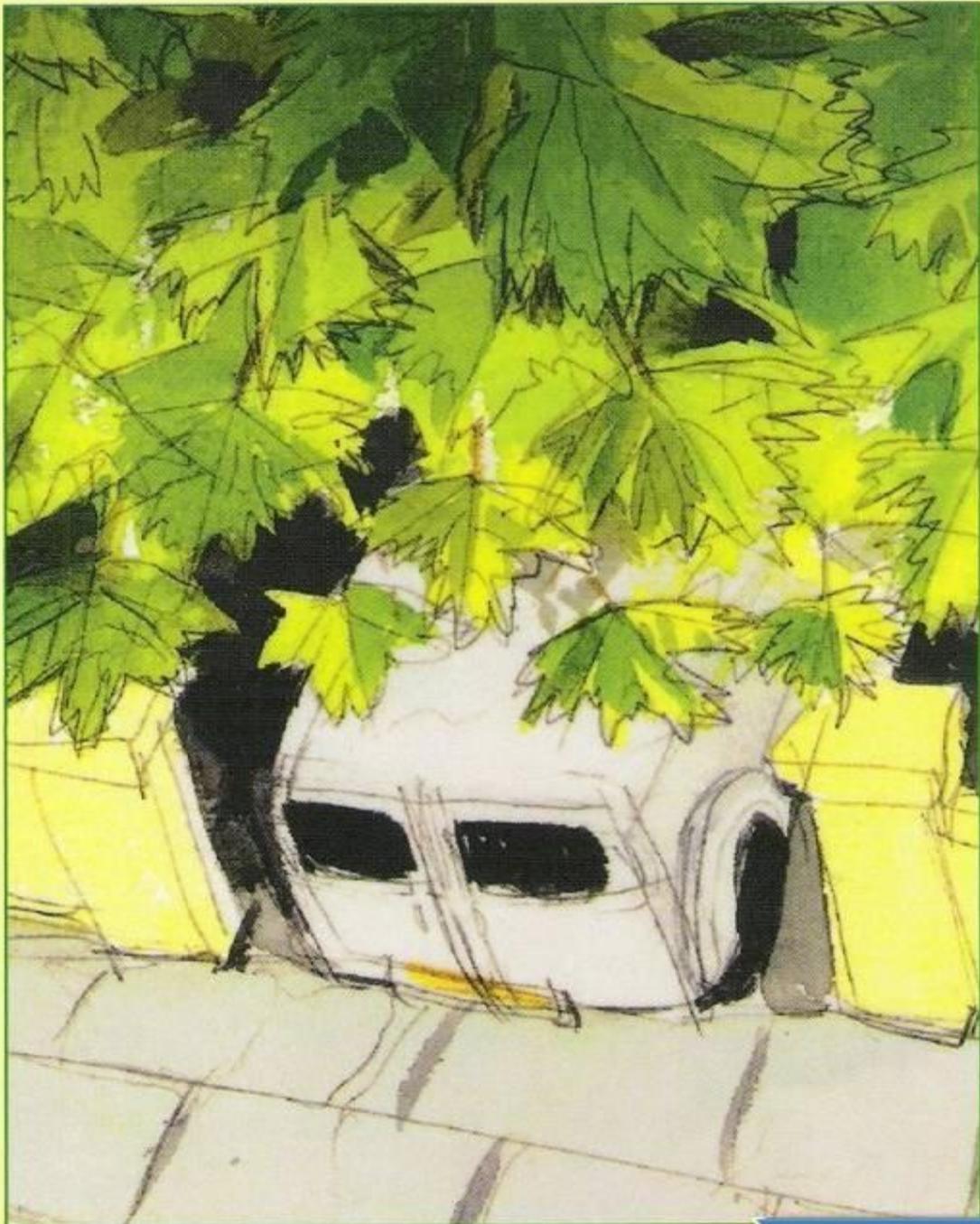


ALAN BENNETT

*La dama
de la furgoneta*



Lectulandia

En 1974, cuando Miss Shepherd y su furgoneta se instalaron definitivamente en el jardín de la casa de Alan Bennett, ya hacía varios años que ambas eran conocidas en el barrio. Tras algunos extraños encuentros, y después de que algunos gamberros comenzaran a atacarla, Alan Bennett le sugirió que pasara las noches en un cobertizo de su jardín. Aunque, afirma el escritor, él jamás se engañó pensando que su impulso obedecía a razones puramente caritativas; aquel sadismo le había perturbado demasiado, se pasaba el día vigilando a Miss Shepherd, y así no podía escribir. Y éste fue el comienzo de una convivencia que duraría quince años, hasta la muerte de la excéntrica, reservada y digna Miss Shepherd, una persona y una presencia muy reales, y con más de una identidad y una vida, como descubrió Bennett después de su muerte. «El hipnótico retrato de una marginada con un espíritu indomable, un texto sostenido a partes iguales por la fascinación y la compasión. Y también por algunos de los estallidos de comicidad más inteligentes que ha producido la escritura del siglo XX» (The Village Voice)

Lectulandia

Alan Bennett

La dama de la furgoneta

ePUB v1.0

Mezki 01.08.12

más libros en lectulandia.com

Título original: *The Lady in the Van*
Alan Bennet, 1989.
Traducción: Jaime Zulaika Goicoechea

Editor original: Mezki
ePub base v2.0

El buen carácter, o lo que a menudo se considera tal, es la más egoísta de las virtudes;
nueve de cada diez veces es un mero temperamento indolente.

William Hazlitt,
On the Knowledge of Character, 1822



Alan Bennett (Leeds, 1934) es un dramaturgo, actor, novelista y guionista británico, ganador de un Premio Tony por su obra *The History Boys*.

Es autor de muchas y celebradas obras teatrales como *Habeas Corpus*, *Forty One Years On*, *Kafka's Dick* o *The Madness of George III* (adaptada después al cine). También es apreciado su trabajo en la televisión y en el cine. Aun con una dilatada literaria a sus espaldas, sólo comenzó a escribir prosa en la última década.

Notas de mis diarios

Me he topado con una serpiente esta tarde —dijo Miss Shepherd—. Subía por Parkway. Era larga, gris; una boa constrictor, digamos. Parecía venenosa. Se pegaba a la pared y se diría que sabía adonde iba. Tengo la impresión de que quizá se dirigiese hacia la furgoneta.

Esta vez me alivió que no me pidiera que llamase a la policía, como hacía cada vez que ocurría algo fuera de lo normal. Quizá aquello fuera demasiado insólito (aunque resultó que la noche anterior habían entrado en la tienda de animales domésticos de Parkway, y podía ser cierto que hubiera visto una serpiente). Me trajo su taza y le preparé una bebida que ella se llevó a la furgoneta.

—Pensé que, por si acaso, era mejor decírselo —dijo—. Me las he visto otras veces con serpientes.

Este encuentro con la supuesta boa constrictor fue en el verano de 1971, cuando Miss Shepherd y su furgoneta llevaban varios meses estacionadas delante de mi casa de Camden Town. Yo había tropezado por primera vez con ella unos años antes, cerca del convento, en lo alto de la calle: estaba apoyada en su vehículo, parado como siempre. El convento (que en un destino posterior se convertiría en la escuela japonesa) era un edificio desolado, con aire de reformatorio, que alojaba a una guarnición menguante de monjas ancianas y destacaba por un llamativo crucifijo colgado de la fachada que daba a los semáforos. Había algo en la posición del Cristo, apretado contra la lúgubre y rugosa superficie del muro, bajo las ventanas con barrotes del convento, que suscitaba visiones del Stalag y su reflector, y que nos había inducido a apodarlo «El Cristo de Colditz».

Miss Shepherd, no sin cierto aspecto también de crucificada, estaba plantada junto a su furgoneta con una actitud que llegaría a ser muy familiar para mí, el brazo izquierdo con la palma abierta contra el flanco del vehículo, indicando propiedad, y el derecho convocando a quienquiera que fuese lo bastante idiota para fijarse en ella, en esta ocasión yo mismo. Con su metro ochenta de estatura, era una figura imponente, y lo habría sido aún más de no haber ido vestida con una gabardina grasienta, falda naranja, gorra de golf y zapatillas de felpa. Rondaría los sesenta años en aquel tiempo.

Debió de convencerme para que empujara la furgoneta hasta Albany Street, aunque no recuerdo nada de lo que hablamos. Lo que sí recuerdo es que nos adelantaron dos policías en un coche patrulla cuando yo empujaba a lo largo de Gloucester Bridge; pensé que, como la furgoneta estaba obstaculizando el tráfico, quizá nos echaran una mano. Los menospreciaba. El otro aspecto de aquel primer contacto con Miss Shepherd fue su modo de conducir. Apenas hube arremido el hombro contra la trasera de la furgoneta, una Bedford vieja, un largo brazo asomó,

elegantemente extendido, por la ventanilla del conductor para indicar, como en un manual, que ella (o más bien yo) se ponía en marcha. Unos metros más adelante, cuando estábamos a punto de girar hacia Albany Street, el brazo emergió de nuevo, haciendo en el aire un revoleo complicado, para señalar que íbamos a la izquierda: fue un movimiento ejecutado con tanta gracia descarnada que aquel capítulo del código de circulación parecía una coreografía de Petipa, con Ulánova al volante. Su «voy a parar» tuvo menos desparpajo, porque estaba claro que ella no se esperaba que yo dejara de empujar, y me gritó enfadada que a donde quería ir era al otro extremo de Albany Street, un kilómetro y medio más adelante. Pero yo ya estaba harto y la dejé allí, sin que ella me agradeciera las molestias. Bien al contrario. Hasta se apeó de la furgoneta y corrió detrás de mí gritando que no podía abandonarla así, por lo que los transeúntes me miraban como si hubiese infligido algún agravio a aquel lastimoso espantajo. «¡Hay cada uno!», supongo que pensé, como un estúpido al que le hubieran tomado el pelo, y disgustado por haber salido peor parado que si no hubiese levantado un dedo, sentimientos contrapuestos que eran la consecuencia inevitable de cualquier transacción relacionada con Miss Shepherd. Rara vez podías hacerle un favor sin que se te pasara por la cabeza estrangularla.

Alrededor de un año después de esto, es decir, hacia finales de los sesenta, la furgoneta apareció en Gloucester Crescent. En aquel entonces la calle era todavía un poco híbrida. Sus grandes casonas adosadas, originalmente construidas para albergar a la clase media victoriana, habían venido a menos, y si bien no habían sufrido una decadencia absoluta, muchas de ellas degeneraron hasta convertirse en pensiones, y de este modo figuraban entre las más tempranas candidatas al proceso de lo que ahora se llama «recalificación», pero que entonces se llamaba «derribos a troche y moche». Jóvenes parejas de profesionales, muchos de ellos del periodismo o la televisión, compraron las casas, las restauraron y (rasgo invariable de la restauración) tiraron los tabiques del sótano para transformarlo en una espaciosa cocina-comedor. A mediados de los sesenta yo escribí una serie para la BBC, *Life in NW1*, basada en una familia de este tipo, los Stringalong, a los que Mark Boxer eligió después para poblar una tira cómica del *Listener*, y que siguieron apareciendo en sus dibujos durante el resto de su vida. Lo que hacía singular el entramado social era la disparidad entre el estilo de vida que los recién llegados descubrían que eran capaces de llevar y sus opiniones progresistas: un sentimiento de culpa, dicho simplemente, que es sabido que inquilinos de hoy día no tienen (o que no les «supone un problema»). Nosotros sí lo teníamos, aunque no sé muy bien si éramos mejores por eso. Había una grieta entre nuestra posición social y nuestras obligaciones sociales. Y Miss Shepherd (en su furgoneta) podía vivir dentro de esa grieta.

Octubre de 1969.

Cuando no está en la furgoneta, Miss Shepherd pasa gran parte del día sentada en la acera de Parkway, donde tiene un tenderete delante del banco Williams amp; Glyn. Vende octavillas tituladas «Visiones auténticas: cosas de importancia», que escribe ella misma, aunque no quiera admitirlo. «Yo las vendo, pero por lo que respecta al autor diré que son anónimas, y no estoy dispuesta a decir más.» Esboza con tiza en la acera el tema de la octavilla, sin pretensiones artísticas. «San Francisco tiraba el dinero» es el mensaje de hoy, y los posibles clientes tienen que pisarlo para entrar en el banco. También gana unas perrillas vendiendo lápices. «El otro día vino un caballero y me dijo que el lápiz que me había comprado era el mejor del mercado. Le ha durado tres meses. Dentro de poco vendrá a comprar otro.» D., uno de los vecinos más convencionales (no de los que «tiran paredes»), me para y dice: «Dígame, ¿es una excéntrica *de verdad*?»

Abril de 1970.

Hoy movemos la furgoneta de la anciana. Le pusieron un aviso debajo del limpiaparabrisas que dice que está estacionada delante del número 63 y que es un peligro para la salud pública. Miss Shepherd insiste en que es un aviso reglamentario: «Y reglamentario significa pendiente de resolución —en este caso pendiente de resolución delante del número 63—, o sea que si la furgoneta se desplaza la multa ya no es válida.» Nadie se aventura a discutir esto, pero ella duda de si instalarse delante del número 61 o más allá. Al final decide que hay un «bonito espacio» delante del 62 y opta por ocuparlo. Mi vecino Nick Tomalin y yo empujamos la furgoneta, pero aunque ella indica grácilmente con el brazo que va a desplazarse (los cuatro metros), el vehículo no se mueve. «¿Ha quitado el freno de mano?», pregunta Tomalin. Silencio. «Lo estoy quitando ahora mismo.» Cuando nos disponemos de nuevo a empujar, aparece otro excéntrico de Candem Town, un personaje alto y provecito, con abrigo largo y sombrero de fieltro, elegante bigote gris y una banderita del partido conservador en el ojal. Se desprende de un guante mugriento de color canario y apoya una mano temblorosa en la trasera de la furgoneta (OLU246), y en cuanto la hemos movido los centímetros pendientes, vuelve a calzarse el guante y dice: «Si me necesitan estoy a la vuelta de la esquina» (es decir, en Arlington House, el hospicio de obreros).

Pregunto a Miss Shepherd desde cuándo tiene la furgoneta.

—Desde 1965 —dice—, pero no lo vaya contando por ahí. La compré para meter mis cosas. Vine con ella de St. Albans y tengo pensado volver allí a la larga. En este momento no hago nada. Siempre he trabajado en el sector del transporte. Sobre todo de repartidora y de chófer. Mire —dice, con aire misterioso—, renovaba vehículos del ejército. Y soy una buena topógrafa. Siempre lo he sido. Conocía Kensington como la palma de mi mano incluso en el oscurecimiento.

La furgoneta (habría otras tres a lo largo de los veinte años siguientes) era originalmente de color marrón, pero llegó a Gloucester Crescent pintada de amarillo. A Miss Shepherd le encantaba el amarillo («Es el color papal») y nunca dejaba mucho tiempo sus vehículos en su estado original. Tarde o temprano la veías rodear despacio su hogar inmóvil y dar estudiados retoques en la herrumbre con la pintura amarillo pálido de un botecito de estaño, ataviada con su vestido largo y su sombrero de sol, como una Vanessa Bell dedicada a pintar furgonetas Bedford. Miss Shepherd nunca distinguió la diferencia entre el esmalte de carrocerías y la pintura normal, y ni siquiera se molestaba en mezclarlas. El resultado era que al final parecía que todos sus vehículos habían recibido una capa de natillas grumosas o un pegote de huevos revueltos. Con todo, en pocos momentos se la veía tan feliz como cuando los estaba pintando. Pocos años antes de morir adquirió un Reliant Robin (para meter más cosas dentro). Al principio era amarillo, cosa que no le salvó de una capa adicional que Miss Shepherd le aplicó como habría hecho Monet, retrocediendo unos pasos después de cada pincelada para juzgar el efecto. El Reliant estaba delante de mi puerta. Se lo llevaron remolcado a comienzos de este año, y unas gotas amarillas dispersas sobre el bordillo son lo único que queda para señalar el sitio de su último aparcamiento.

Enero de 1971.

La caridad en Gloucester Crescent adopta formas refinadas. Los editores de al lado van a publicar una obra clásica y para celebrarlo organizaron anoche una cena romana. Esta mañana han visto a la *au pair* llamando a la ventanilla de la furgoneta con una bandeja de sobras romanas. Pero no es fácil ayudar a Miss Shepherd. Ayer, pasada la medianoche, la vi subir la calle a zancadas, blandiendo su bastón y diciéndole a alguien que se largara. Luego oí una voz de clase media que se retiraba diciendo quejumbrosamente: «Yo sólo le he preguntado si se encontraba bien.»

Junio de 1971.

Raro es el día en que no hay algún incidente relacionado con la anciana. Ayer por la noche, a eso de las diez, un coche deportivo invade la calzada donde está Miss Shepherd y el conductor, un veinteañero rico y elegante, se asoma por la ventanilla y golpea en el costado de la furgoneta, presuntamente para mostrar a su novia sonriente cómo desaloja a la bruja que vive allí. Le grito al jovenzuelo, que toca la bocina y sale pitando. Miss Shepherd, por supuesto, quiere llamar a la policía, pero a mí me parece inútil, y de hecho esta mañana, alrededor de las cinco, me despierto y encuentro a dos polis practicando un pasatiempo muy semejante, el de alumbrar con

las linternas las ventanillas con la esperanza de que ella se despierte y les amenice una hora insulsa de su ronda. Esta noche un coche blanco da marcha atrás espectacularmente en lo alto de la calle, se detiene con un frenazo chirriante al lado de la furgoneta y un hombre corpulento se apea de un salto y le da unas sacudidas tremendas. Suponiendo (esperando, seguramente) que se habrá ido cuando yo salgo, descubro que sigue allí y le pregunto qué cojones está haciendo. Su respuesta es bastante suave. «¿Qué le pasa?», pregunta. «¿Todavía viendo la tele? ¿Está nervioso? Tiembla como una hoja.» A continuación me llama hijo de puta y se larga en su coche. Al fin y al cabo, por supuesto, Miss Shepherd no está en la furgoneta, así que acabo, como de costumbre, más furioso con ella que con ese salvaje.

Estoy seguro de que estas agresiones perturbaban más mi tranquilidad que la suya. Viviendo como ella vivía, todos los días debía de sufrir estas crueldades. Algunos de los tenderos del mercado de Inverness Street la perseguían con una fruición medieval; y también los niños, que a la vez infligen y sufren esos mismos malos tratos. Una noche, dos borrachos hicieron añicos sistemáticamente todas las ventanillas de la furgoneta, y los cristales que volaron por los aires le produjeron cortes en la cara. Enfurecida por cualquier pequeña libertad, esto se lo tomó con filosofía. «Quizá se hayan pasado un poquito con la bebida», dijo. «Sucede por no haber comido, digamos. No quiero poner una denuncia.» Mostraba mucho más interés por «un tipo pelirrojo al que vi en Parkway en compañía de Jrushev. ¿Ha desaparecido recientemente?».

Pero ver tan de cerca tanto sadismo y tanta intolerancia empezó a deprimirme seriamente, y tener que estar alerta ante cada uno de aquellos ataques sin sentido me impedía trabajar.

Llegó un día en que, tras una larga sucesión de incidentes parecidos, le propuse que pasara al menos las noches en un cobertizo al lado de mi casa. Reacia al principio, como ante cualquier cambio, a lo largo de los dos años siguientes abandonó poco a poco la furgoneta para guarecerse en la cabaña.

Al ofrecerle un refugio y cargar con una inquilina que al final se quedaría quince años, no lo hice con la ilusión de que mi impulso fuera puramente caritativo. Y, por supuesto, me enfurecía haberme visto empujado a una iniciativa parecida. Pero, como ella, seguramente más que ella, yo quería una vida tranquila. En el jardín, al menos, estaba a salvo.

Octubre de 1973.

He llevado un cable hasta el cobertizo y ahora tengo que reparar cada cierto tiempo la estufa eléctrica de Miss Shepherd, que salta siempre porque enchufa

demasiados aparatos al empalme. Sentado en los peldaños, manipulo con el fusible mientras ella se acuclilla en el cobertizo.

—¿No tiene frío? ¿No quiere entrar? Si enciendo una vela hará menos frío. El sapo ha entrado una o dos veces. Estaba con una babosa. Creo que quizá esté enamorado de ella. He intentado echarle y se ha agitado mucho. He creído que iba a atacarme.

Se queja de que no hay espacio suficiente en el cobertizo y sugiere que le consiga una tienda de campaña, que utilizaría para guardar algunas de sus pertenencias.

—Tendría menos de un metro de alto y lo correcto es instalarla en el césped. También están esos invernaderos a prueba de roturas. O se podría hacer algo con unas gabardinas viejas.

Marzo de 1974.

El ayuntamiento está imponiendo restricciones de aparcamiento en Gloucester Crescent. Han facilitado espacios para aparcar a los residentes y trazado líneas amarillas en el resto de la calle. De entrada, los operarios son muy comprensivos y pintan las líneas hasta donde está la furgoneta y siguen al otro lado, por lo que técnicamente está todavía legalmente aparcada. Sin embargo, como ha intervenido un funcionario y ha notificado una orden de retirada del vehículo, toda esta semana ha sido de una gran actividad para Miss Shepherd, transportando cargamentos de bolsas de plástico de una acera a otra, y cruzando el jardín hasta el cobertizo. Aunque confía en la protección divina sobre la furgoneta, está poniendo prudentemente a salvo sus pertenencias de una posible expulsión. Un anuncio que ha escrito declarando ilegal la acción del ayuntamiento revolotea al azar debajo del limpiaparabrisas. «El aviso fue notificado un domingo. Creo que un domingo se puede notificar una orden de registro, pero nada más, digamos. Deberían darme un permiso especial por los buenos artículos que he vendido para economizar.» Le preocupan especialmente los neumáticos de la furgoneta, que «quizá son milagrosos. Sólo los he hinchado dos veces desde 1964. Si consigo otro vehículo —y Lady W. está amenazando con comprarle uno—, me gustaría que se los pusieran».

La vieja furgoneta fue retirada por un remolque en abril de 1974 y Lady W. («una señora católica de estirpe», como siempre la llama Miss Shepherd) le regaló otra. Feliz de proporcionar una nueva (aunque vieja) furgoneta, Lady W., como se comprenderá, no estaba ansiosa de verla estacionada delante de la puerta de su casa, y al final, como quizá fuera inevitable a esas alturas, la furgoneta y Miss Shepherd acabaron en mi jardín. El nuevo vehículo estaba en condiciones de circular, y Miss Shepherd insistió en conducirlo y cruzar la verja para meterlo en el jardín, una

maniobra que una vez más le dio la oportunidad de ejecutar su repertorio completo de señales manuales. En cuanto aparcó la furgoneta, puso el freno de mano con tanta determinación que, como Excalibur, nunca se pudo en adelante liberar y se oxidó tan férreamente que diez años después, cuando vinieron a llevarse la furgoneta, la grúa municipal tuvo que izarla por encima del muro.

Este vehículo (y su sucesor, comprado en 1983) ahora ocupaba una zona asfaltada entre la puerta de mi casa y la verja del jardín, con el capó pegado al escalón de la entrada y la portezuela trasera, que Miss Shepherd siempre utilizaba para entrar y salir, a unos pocos centímetros de la verja. Las visitas tenían que apretujarse para pasar por la trasera de la furgoneta y recorrer uno de sus lados, y mientras aguardaban a que les abrieran la puerta eran sometidos a la inspección de Miss Shepherd a través del parabrisas sucio. Si tenían mala suerte, se encontraban la portezuela de atrás abierta y a ella con sus gruesas piernas blancas colgando encima. Era difícil no ver el interior del vehículo, un revoltijo de ropas viejas, bolsas de plástico y sobras de comida, pero si alguien a quien no conocía se aventuraba a dirigirle la palabra, Miss Shepherd recogía enseguida las piernas y cerraba la puerta sin decir una palabra. Los primeros años de su estancia en el jardín, yo trataba de explicar a mis perplejos visitantes cómo se había producido aquella situación, pero al cabo de un tiempo dejé de tomarme esta molestia, y si yo no mencionaba el asunto, nadie más lo hacía.

De noche la escena era inquietante. Yo había tendido un cable desde la casa para darle luz y calefacción, y a través de las cortinas raídas que cubrían las ventanillas de la furgoneta un visitante vislumbraba la figura espectral de Miss Shepherd, a menudo rezando arrodillada o tumbada de costado como una efigie en una tumba, con la cara apoyada en una mano, escuchando Radio 4. Si oía algún movimiento apagaba la luz inmediatamente y aguardaba, como un animal hostigado, hasta que se aseguraba de que no había moros en la costa y volvía a encender la luz. Se recogía temprano y se quejaba si alguien venía y se iba de casa tarde por la noche. En una ocasión, Coral Browne salía de mi casa con su marido, Vincent Price, y hablaban en voz baja. «Cierren el pico, —soltó la voz de la furgoneta—. Estoy intentando dormir.» Para un actor que había causado terror a millones de personas era una dosis inesperada de su propia medicina.

Diciembre de 1974.

Miss Shepherd me ha estado explicando por qué la vieja Bedford ya no funciona, «digamos». Le ha metido dentro parte de su carburante casero, basado en una fórmula para reemplazar la gasolina que leyó en un periódico hace varios años. «Era una cucharada de gasolina, cuatro litros de agua y una pizca de algo que se podía comprar en todas partes. Pues se me metió en la cabeza, no sé por qué, que era bicarbonato de sodio, pero creo que me equivoqué. Debía de ser cloruro sódico o nitrato de sodio,

sólo que después me han dicho que el cloruro sódico es sal y el dependiente de Boots no quería venderme lo otro, diciendo que podía provocar explosiones. Aunque creo que viendo que soy una anciana podía pensar que soy una persona responsable. Aunque quizá no todas las señoras mayores lo son.»

Febrero de 1975.

Miss Shepherd llama a la puerta y cuando le abro se dirige en línea recta a la escalera de la cocina.

—Quería verle. He llamado varias veces. ¿Puedo usar antes el cuarto de baño?

Le digo que me parece que eso es pasarse un poco.

—No me paso nada. Haré mejor la entrevista si voy antes al baño.

Después se sienta con su impermeable verde y su pañuelo de cabeza violeta, descansando los nudillos de una mano grande y moteada en la mesa limpia y fregada, y explica que ha ideado un método de «llegar a la radio». Yo tenía que pedir a la BBC que me diera un programa con llamadas de teléfono («algo que alguien como usted prepararía en un periquete») y entonces ella me llamaría desde mi casa.

—O eso o me metería en un programa femenino de radio. Sé muchísimo más de cuestiones morales que toda esa gente. Cantaría mi canción por teléfono. Es una canción preciosa, que se titula «El fin de mundo» —(*Beyond the Fringe* en estado puro)—. En ese momento no me comprometeré a cantarla, pero probablemente lo haría. Habría que decir algo sensato y demostrar que sabes. Podría ser todo anónimo. Me llamarían «la mujer detrás de la cortina». O «una mujer británica». Se podría entender como un nombre artístico.

Es evidente que le atrae esta idea de la «mujer detrás de la cortina», y empieza a explayarla, mostrando dónde podría estar la cortina, de tal modo que el lugar donde estaría ella incluyera casualmente el televisor y la butaca. Explica que podría estar detrás de la cortina, hacer sus intervenciones cada tanto y el resto del tiempo «ser una invitada de la televisión y enseñar un poco de cultura y civismo. Quizá hubiera lagunas que se llenarían con una bonita música clásica. «Conozco una: *Prelude y Liebestraum*, de Liszt. Creo que era un sacerdote católico. Significa *sueño de amor*, pero no del sexual. Es el amor de Dios y la santificación del trabajo y esas cosas, que serían recomendables para solteros como usted y yo, digamos». Asustado por esta tentativa de violación de nuestro pacto, me libro de ella sin contemplaciones, aunque hace un frío glacial, y abro las ventanas de par en par para que se vaya el olor.

La «mujer detrás de la cortina» siguió siendo uno de sus proyectos favoritos, y en 1976 escribió a Eamonn Andrews: «Ahora que ha terminado *Esta es su vida*, cuyo coste era excesivo, etc., yo podría hacer un poco de *Mujer detrás de la cortina*. Lo único que hace falta es poner una cortina que me oculte, pero permitir que se oigan palabras sensatas en respuesta a algunas preguntas. Hace falta sentido común.»

También higiene, pero ella misma sacó a colación el tema, posiblemente en un esfuerzo por convencerme de la idea de la cortina:

—Soy por naturaleza una persona muy limpia. Gané un premio en un concurso de la «habitación más limpia», me lo concedieron hace algunos años, y mi tía, que era también limpiísima, decía que yo era la más aseada de los hijos de mi madre, sobre todo en las partes que no se ven.

Nunca investigué sus métodos sanitarios. Una sola vez me pidió que le comprara rollos de papel higiénico («Los uso para limpiarme la cara»), pero de cualquier modo que se desenvolviese en este apartado, entendí que se trataba de algún apaño complicado en que intervenían las bolsas de plástico que solía lanzar desde la furgoneta todas las mañanas. Cuando aún podía subir escaleras, muy de cuando en cuando utilizaba mi retrete, pero no la animaba a hacerlo; mi caridad se detenía ahí, en el umbral del excusado. Una vez que estaban haciendo obras en mi casa (y supongo que me daba cuenta de lo que pensaban los obreros), le dije sin ambages que había un olor a orina.

—Bueno, ¿qué se puede esperar cuando me llueven ladrillos todo el día? Y además creo que hay un ratón. Despedirá cierto tufo a queso, digamos.

La diaria aparición de Miss Shepherd en la furgoneta era muy espectacular. De repente y sin previo aviso, la puerta trasera se abría de golpe y se veían las cortinas que ocultaban el espantoso interior. Tras una pausa, eran arrojadas a través de los velos varias abultadas bolsas de plástico. Una nueva pausa, y lentamente, con una gran cautela, una pierna robusta, calzada con pantuflas, buscaba a tientas el suelo antes de que la otra la siguiera y apareciese la primera visión del atuendo del día. El sombrero era una prenda fija: uno negro de ferroviario, con visera larga, algo gastado y ladeado, que le daba aspecto de guardavías borracho o de gendarme francés de 1880; su gorra de béisbol de Charlie Brown, y en junio de 1977 un mantelillo octogonal de paja, atado con un pañuelo de gasa y un pedazo de cartón para la visera. También le gustaban las viseras verdes. Sus faldas tenían un aspecto telescópico, porque habían sido alargadas muchas veces mediante el simple procedimiento de coser una tira adicional de tela alrededor del dobladillo, sin preocuparse por la combinación de colores. Tenía una falda de gamuzas calabazas de limpiar el polvo cosidas. Cuando tenía problemas con las autoridades, lo atribuía a su ropa. Una noche, tarde, la policía me llamó desde Tunbridge Wells. Habían recogido a Miss Shepherd en la estación, creyendo que su vestido era un camisón. Estaba indignada:

—¿Esto parece un camisón? Hay cantidad de gente con vestidos como éste. Parece que a Tunbridge Wells todavía no ha llegado la moda.

Miss Shepherd rara vez usaba medias, y alternaba entre zapatillas negras y pantuflas. Tenía las manos y los pies grandes, y era lo que mi abuela habría llamado «una mujerona». Su forma de hablar revelaba que era de extracción burguesa, aunque

su conducta quejumbrosa y a menudo resentida tendía a oscurecer este hecho; no tenía voz de persona dulce ni educada. Las expresiones adolescentes recorrían su vocabulario. No decía que estaba cansada, sino que estaba «hecha polvo»; la gasolina era «gasofa», y si no tenía ganas de hacer algo decía «prefiero morirme». Impregnaba todo su léxico su singular fanatismo católico («la tremenda importancia de los actos de justicia»). Era el lenguaje de las octavillas que escribía, y en el «digamos» con que terminaba tantas de sus frases resonaba un eco del «sin perjuicio de los derechos de la Iglesia católica, romana, etc.» con que encabezaba todos sus escritos.

Mayo de 1976.

Me han entregado un pedido de estiércol para el jardín, y como el montículo de fertilizante no está lejos de la furgoneta, a Miss Shepherd le preocupa que la gente que pasa pueda pensar que el olor procede de ella. Quiere que ponga un letrero en la verja diciendo que el olor lo desprende el estiércol. Le digo que no, sin añadir, como podría, que el abono huele muchísimo mejor.

Estoy trabajando en el jardín cuando Miss B., la asistente social, llega con una caja llena de ropa. Miss Shepherd no quiere abrir la puerta de la furgoneta porque está escuchando un concurso en la radio, pero al final se desliza sobre el trasero hasta la portezuela y examina la ropa. No le entusiasma.

miss s.: Sólo pedí un abrigo.

miss b.: Pues le he traído tres por si quería cambiar.

miss s.: No tengo sitio para los tres. Además, tengo pensado lavar éste dentro de poco. Con lo cual son cuatro.

miss b.: Este es mi viejo impermeable de enfermera.

miss s.: Ya tengo impermeable. Además, el verde no me sienta bien. ¿Ha conseguido el bastón?

miss b.: No. Lo van a mandar. Han tenido que hacerlo a medida.

miss s.: ¿Será lo bastante largo?

miss b.: Sí. Es un bastón especial.

miss s.: No quiero un bastón especial. Quiero uno normal. Sólo que más largo. ¿Tiene goma en la punta?

Cuando Miss B. se va, Miss Shepherd, sentada en la portezuela de la furgoneta, revuelve como un chimpancé el contenido de la caja, lo huele y lo levanta en el aire, y rezonga.

Junio de 1976.

Sentado en los escalones, reparo mi bicicleta cuando Miss Shepherd vuelve de su paseo vespertino.

—Fui a Devon el sábado —dice—. Con ese billete. —Supongo que se refiere al billete gratuito que la British Rail ofreció la semana pasada a todos los jubilados del país—. Fui a Dawlish. Gente muy agradable. El hombre del altavoz nos llamó damas y caballeros, como es debido. Hubo alguien que gritaba, pero no era de nuestro grupo; un desconocido, creo.

Y casi por primera vez sonrío y cuenta que todos se habían agolpado para subir a aquel vagón, un auténtico gentío, y que a ella la izaron. «Se habría podido hacer una película, —dice—. Me acordé de usted.» Y se queda allí con su impermeable mugriento, y del pañuelo que lleva en la cabeza asoman mechones de lacio pelo cano. Agradezco que la gente haya sido amable con ella, y me pregunto cómo debió de viajar en el vagón toda aquella tarde calurosa. Después ella me habla de un programa sobre Francis Thompson que ha oído en la radio, de que intentó hacerse sacerdote pero perdió la vocación y se convirtió en un vagabundo. Después, cosa insólita, me cuenta un poco de su propia vida, que en dos ocasiones intentó hacerse monja, que había recibido formación de novicia, pero tuvo que desistir a causa de su mala salud, y que durante muchos años se sintió una fracasada. Sin embargo, era un error, no había sido un fracaso.

—Si hubiera tenido ropa más moderna, dormido más tiempo y respirado un aire más puro, digamos, lo habría conseguido.

«Una pequeña juerga», llama a su viaje a Dawlish. «Mi juerga.»

Junio de 1977.

Es el día del Aniversario y Miss Shepherd ha pegado una bandera de papel en la agrietada ventanilla trasera de la furgoneta. Es la única en toda la calle. Ayer llevaba un pañuelo en la cabeza, y de una parte a otra se había prendido un Spontex azul sujeto en ambos extremos con sendos imperdibles gruesos; la esponja formaba una especie de visera contra el sol (muy acuoso). Parecía un favor en la cabeza de un caballero medieval, o una cinta para ahuyentar a los malos espíritus. Con todo, era mejor que la ocurrencia de la semana pasada, una gorra del Afrika Korps comprada en Lawrence Corner: Miss Shepherd, zorro del desierto.

Septiembre de 1979.

Miss Shepherd me enseña una foto que se ha sacado en un fotomatón de Waterloo. Se la ve muy abajo del marco, con las comisuras de la boca también hacia abajo, como en la fotografía de una muerta. Está muy contenta con ella. «Casi nunca salgo bien. Pero en esta foto soy yo.» Quiere hacer dos copias. Le digo que sería más fácil volver a Waterloo y sacarse otras dos. No, eso «lo estropearía todo».

—Una vez me hice una foto en Francia, a los veintiún o veintidós años. Tuve que

ir al pueblo de al lado y salí bizca. Vi la foto de una chica en el abono de autobús y había salido como si fuera negra. Si puedes evitarlo, mejor no parecer negra, ¿no?

Junio de 1980.

Miss Shepherd ha inaugurado el guardarropa veraniego: una gabardina del revés, con tiras de tela marrón y una gran etiqueta que anuncia que se trata de una Emerald Weatherproof. Remata esto un pañuelo de gasa color lavanda atado alrededor de una visera hecha con un paquete viejo de cornflakes. Me pide que le haga unas compras.

—Quiero un paquetito de Eno, algo de leche y caramelos de goma. Los caramelos no son urgentes. Ah, y, Mr. Bennett, ¿me puede traer una de esas botellitas de whisky? Creo que Bells es muy bueno. No es para bebérmelo; lo uso sólo para darme friegas.

Agosto de 1980.

Estoy rodando, y Miss Shepherd me ve salir temprano por la mañana y volver tarde por la noche. Hoy su mano escuálida asoma con una carta que dice: «Por favor, lea con mucha atención»:

Con mi ayuda Mr. Bennett, digamos, encontraría un modo más fácil de ganarse la vida. Dos hombres me seguirían en un coche, uno de ellos con una cámara para filmar una película cómica digamos al estilo de las de la Vieja Madre Riley. Si el coche se parase podrían empujarlo. O subir a autobuses con ella a cierta distancia. Las cosas cómicas a veces suceden así, improvisando, o por lo menos una película interesante sobre el uso que hacen de los autobuses los ciudadanos de la tercera edad. Un día a Hounslow, otro a Reading o Heathrow. Los demás pasajeros lo pasarían bien, aunque quizá hubiera que pedirles permiso. Así Mr. Bennett descansaría más y se forraría, digamos.

Octubre de 1980.

Miss Shepherd ha empezado a ansiar una caravana y acaba de perder una que vio en un anuncio de *Exchange and Mart* que decía: «Visillos todo alrededor, tres camas.»

—No las usaría todas, salvo —dice, agorera— para poner cosas encima. Bonitas ventanillas: doscientas setenta y cinco libras. Me han dicho que estaba vendida, pero a lo peor me han tomado por una vieja vagabunda... Estaba pensando en ofrecer mi ayuda a Mrs. Thatcher en economía. No le pediría dinero, porque soy pensionista, y le saldría barato. Pero podría pedirle algunas compensaciones. Una caravana, por ejemplo. Le escribiría, pero está de viaje. Sé lo que hace falta. Es sencillísimo:

justicia.

Ningún partido político defendía exactamente las ideas de Miss Shepherd, aunque el National Front estaba cerca. Era una anticomunista furibunda, y ya en 1945 había escrito una carta a Jesús «sobre las espantosas perspectivas que se abrían con los acuerdos de Yalta». El problema era que sus opiniones políticas, nunca moderadas, siempre quedaban matizadas por su visión idiosincrásica de la fisonomía humana. Ser más viejo era siempre ser más sabio, que aunque discutible es aceptable, pero para Miss Shepherd ser más alto era también ser más listo. Pero la altura tiene sus inconvenientes, y quizá porque ella era alta creía que la altura de una persona aumentaba sus cargas, la sometía a cierta tensión. De ahí que, si bien estaba de acuerdo con Heath en todo menos en el Mercado Común, creía que «la posición personal de Wilson respecto a Europa es la mejor, porque está en el banco de la oposición con menos sueldo y porque es más viejo, más bajo y sometido a menos tensión». Se oponía vehementemente al Mercado Común, el «común» invariablemente subrayado cuando escribía sobre el particular en la acera, como si pusiera especiales reparos a la pura vulgaridad de la unión económica. Nunca muy lúcida en sus folletos, se confundía sobre todo con respecto a la CEE. «No hace mucho, una pluma escribió, o se proponía escribir (la autora no recuerda cuál de las dos cosas y puede que fueran las dos), que se desvinculaba del ingreso en el Mercado Común y las injusticias que derivarían de ello, o algo parecido.» «Enoch», como siempre llamaba a Powell, había acertado, y ella le escribió varias cartas para decírselo, pero a falta de un partido plenamente afín fundó el suyo, el Fidelis Party. «Será un partido que se preocupe de la justicia (y en consecuencia no necesita oposición). La justicia en el mundo de hoy, con su supina ignorancia, exige el gobierno de un Dictador Bueno, digamos.»

Miss Shepherd no consideraba que estuviese en lo más bajo de la pirámide social. Este lugar lo ocupaban los «pobres de solemnidad», es decir, los que no tenían un techo sobre la cabeza. Ella, por su parte, estaba «un peldaño más arriba de los más necesitados», y una de sus responsabilidades sociales era interceder por ellos y por aquellos cuyos apuros pensaba que Thatcher había pasado por alto. Si se le llamaba la atención sobre el problema (y escribió a Thatcher varias cartas sobre el asunto), sin duda les proporcionaría ayuda.

De vez en cuando escribía cartas a otros personajes públicos. En agosto de 1978 se dirigió al colegio cardenalicio, a la sazón reunido para elegir Papa. «Sus eminencias: Quisiera sugerir humildemente que un Papa más anciano podría ser admirable. También es muy probable que la altura propicie la sabiduría.» Puesto que a este Papa más viejo (y, era de esperar, más alto) que recomendaba podría cansarle la ceremonia, ella, una experta en materia de tocados, proponía que «en la coronación se

use una mitra no tan pesada, digamos una de plástico ligero o de cartón, por ejemplo».

Febrero de 1981.

Hago la compra a Miss Shepherd, que tiene gripe. Aguardo todas las mañanas junto a la ventanilla lateral de la furgoneta, con el interior oscuro y su mano mugrienta sosteniendo la raída cortina violeta, como si yo estuviera en el confesonario. Los artículos principales de esta mañana son galletas de jengibre («dan mucho calor») y mosto.

—Creo que es lo que debieron de beber en Canaán —dice cuando le tiendo la botella—. A Jesús no le habría gustado que anduvieran por allí borrachos, y esta bebida no tiene alcohol. No gustará a todo el mundo, pero a mi juicio es mejor que el champán.

Octubre de 1981.

Esta mañana se descorre de nuevo la cortina y Miss Shepherd, todavía vestida con lo que entiendo es su ropa de dormir, habla del «discernimiento de los espíritus» que le han permitido intuir una presencia angelical cerca cuando estaba enferma. En un período anterior, cuando tenía el tenderete plantado delante del banco, había presentido una presencia similar, y ahora, al ver su folleto de campaña, resultaría que era, «digamos», nada menos que nuestro candidato conservador, Mr. Pasley-Tyler. Se lanza a una larga disquisición sobre su tema tan manido de la edad de los políticos. Thatcher es demasiado joven y viaja demasiado. No como el presidente Reagan. «A él no le verás haciendo una gira por Australia.»

Enero de 1982.

«¿Ve como le han encontrado, al soldado americano?» Habla del coronel Dozo, secuestrado por las Brigadas Rojas y encontrado después de un tiroteo en un piso en Padua.

—Sí, le han encontrado —dice, triunfalmente—, y yo sé quién le ha encontrado.

Como me parece improbable que conozca a algún miembro del equivalente italiano de los SAS, le pregunto a quién se refiere.

—A San Antonio, por supuesto. Al patrono de las cosas perdidas. San Antonio de Padua.

«Bueno, —quiero decirle—, no ha tenido que buscar muy lejos.»

Mayo de 1982.

Cuando salgo hacia Yorkshire, la mano de Miss Shepherd aparece como la del Viejo Marinero: «¿sé yo si hay escalones en la estación de Leeds?» «¿Por qué?», pregunto cauteloso, imaginando que quizá tenga pensado acampar en mi otra puerta. Resulta que sólo quiere algún sitio donde ir de excursión, y le propongo Bristol.

—Sí, he estado en Bristol. Al volver atravesé Bath. Parecía bonito. Había coches maravillosamente aparcados. —Acto seguido se acuerda de cuando conducía vehículos reacondicionados del ejército y los llevaba hasta Derbyshire—. Fue durante la guerra —dice—. En realidad me pasé en la guerra —dice, y de algún modo esto es el magro fin de la cuña que la ha encallado aquí, anhelando viajar esta mañana de mayo, cuarenta años más tarde.

Miss Shepherd prefiere la palabra «tierra» a «país». «Esta tierra...» Empleada en este sentido, forma parte de la retórica, si no de la locura, al menos de la obsesión. Los Testigos de Jehová hablan de «esta tierra», y también el National Front. La tierra es país más destino; país a los ojos de Dios. Mrs. Thatcher habla de «esta tierra».

Febrero de 1983.

A. me telefona a Yorkshire para decirme que la caldera ha reventado y el sótano está sumergido bajo quince centímetros de agua. Cuando le dicen que el sótano se ha inundado, el único comentario de Miss Shepherd es: «Qué desperdicio de agua.»

Abril de 1983.

«Estoy pasando malas noches», dice Miss Shepherd, «pero si me eligieran podrían ser mejores.» Quiere que le consiga los impresos para poder presentarse a las próximas elecciones al Parlamento. Sería la candidata del Fidelis Party. El partido, que nunca ha sido numeroso, ahora está notablemente reducido. En su momento pudo contar con cinco votos, pero ahora sólo dispone de dos, uno de los cuales es el mío, y me disgusta decirle que yo voto a la Socialdemocracia.

No obstante, prometo escribir al ayuntamiento para pedir los impresos.

—Todavía no hay fondos —dice—, y no quisiera pedírselos a los simpatizantes. No sirvo para eso. Las secretarías sí (hay que pagarlas). Pero sería muy buena votando; mejor que ellas, probablemente.

Mayo de 1983.

Miss Shepherd me pide que sea testigo de que firma el impreso de candidatura.

«Estoy firmando, —dice—, ¿lo ve?» Ha abordado a varias monjas para que sean sus candidatas.

—Una hermana que conozco habría firmado, pero hace años que no la veo y en este tiempo se ha trastornado un poco. No sé lo que haré con los folletos. Tendría que ser un trabajo económico... no podría sufragar los gastos. Quizá sólo escriba mi programa en la acera; estas cosas se esparcen como un reguero de pólvora.

Mayo de 1983.

Miss Shepherd ha recibido la documentación.

—¿Cómo debería describirme? —pregunta, por la ranura de la ventanilla—. He pensado en «anciana solterona», digamos. También hay que decir el tratamiento. Pues el mío es —y suelta una de sus inusuales risas— Mrs. Shepherd. Así me llama la gente por educación. Y no lo rechazo. La madre Teresa dice siempre que está casada con Dios. Yo podría decir que estuve casada con el Buen Pastor^[1], y en eso consiste el Parlamento, en cuidar del rebaño. Cuando me elijan, ¿usted cree que tendré que vivir en Downing Street o podré gobernar desde la furgoneta?

Hablo con ella más tarde y el asunto de la candidatura empieza a abatirla.

—¿Sabe usted algo de la ley de 1974? Se refiere a los requisitos indispensables. De todos modos, me está dando dolor de cabeza. Creo que pronto habrá otras elecciones, así que en todo caso éstas habrán sido una buena preparación.

Junio de 1984.

Miss Shepherd ha vuelto a buscar en *Exchange and Mart* y ha respondido a un anuncio de un Morris Minor blanco. «Es el tipo de coche al que estoy acostumbrada, o estaba. Necesito tener movilidad.» Planteo la cuestión de la matrícula y el seguro, que ella siempre considera formalidades fastidiosas. «Lo que usted no entiende es que estoy asegurada. Estoy asegurada en el cielo.» Afirma que desde que tiene el seguro celestial, su furgoneta no ha sufrido ni un rasguño. Le recuerdo que eso tiene menos que ver con el cielo que con el hecho de que la furgoneta está aparcada día y noche en mi jardín. Ella admite que cuando estaba en la calle, de vez en cuando recibía algún golpe.

—Una vez vino un tipo por detrás y me rayó la chapa. Le pedí que me pagara algo: media corona, creo que era. No quiso.

Octubre de 1984.

Hoy instalan una alfombra nueva en la escalera. Al ver que tiran la vieja, Miss Shepherd dice que le vendría de perlas ponerla encima de la furgoneta para

amortiguar el ruido de la lluvia. Esta conversación se produce justo en el momento en que salgo hacia el trabajo, pero digo que no quiero ver la furgoneta engalanada con retales de una alfombra vieja; tal como está, ya tiene bastante mala pinta. Cuando vuelvo por la noche encuentro los restos de la alfombra sobre el techo de la furgoneta. Le pregunto a Miss Shepherd quién los ha puesto ahí, ya que no puede haberlo hecho ella sola. «Un amigo, —dice, misteriosamente—. Un samaritano.» Furioso, arranco un pedazo simbólico, pero la mayor parte de la alfombra permanece en su sitio.

Abril de 1985.

Miss Shepherd ha escrito a Mrs. Thatcher solicitando un puesto en «la asesoría del Ministerio de Transportes, relacionado con la bebida, la conducción y demás». También me enseña el texto de una carta que tiene intención de enviar a la embajada argentina, en defensa del general Galtieri. «Lo que él no entiende es que Mrs. Thatcher no es la Dama de Hierro. Soy yo.»

A la persona responsable de Argentina,

19 de abril de 1985

Estimado señor:

Le escribo para solicitar clemencia para el pobre general que condujo sus fuerzas armadas en la guerra, como persona realmente entendida. Me preocupaba la Justicia, el Amor y, por así decirlo, yo estuve en la guerra, como si dijéramos, estrechando la mano de su dirigente de entonces, y teniéndole presente en mis pensamientos (puede que tuviera algo que ver con el amor a las Malvinas de la educación católica, por ejemplo) y deseándole en verdad buenos resultados en las negociaciones, etc., pero me temo que puede haber pensado que era Mrs. Thatcher la que le dispensaba esta bienvenida y quizá por eso se haya visto inducido a engaño.

Por consiguiente le ruego sea clemente con él. Libérelo, reincorpórelo en su puesto, si es factible. Puede leer en público esta carta si desea explicar este acto de misericordia, etc.

Atentamente,

Una miembro del Fidelis Party

(Servidores de la Justicia)

P.D. Quizá también hayan intervenido otros en inducirle a engaño.

P.P.D. Sin darse cuenta, digamos. Tradúzcalo al argentino si quiere.

En algún momento de 1980, Miss Shepherd se compró un coche, pero sólo había dado un par de vueltas en él («¡Va como la seda!»), cuando se lo robaron. Fue hallado más tarde, desmontado y abandonado en el sótano de los pisos municipales de Maiden Lane. Fui a recoger lo que quedaba («Aunque quizá la policía lo necesite como prueba, digamos»), y descubrí que incluso en el breve tiempo en que ella había

tenido el Mini se las había ingeniado para atiborrarlo del contingente habitual de bolsas de plástico, rollos de cocina y mantas viejas, todo ello profusamente rociado con polvos de talco. En 1984, cuando compró un Reliant Robin sucedió tres cuartos de lo mismo: fue a la vez un segundo coche y un segundo ropero. Miss Shepherd podía permitirse gastar un dineral en aquellos automóviles porque al estar estacionada en el jardín contaba con un domicilio fijo y en consecuencia podía beneficiarse de todos los servicios de la seguridad social y de sus diversas prestaciones. Puesto que sólo gastaba en comida, podía ahorrar algo y tenía una cuenta en el Halifax y unos cuantos depósitos bancarios. En efecto, yo oía decir a gente que pasaba: «Ya sabes que es millonaria», en el sentido de que, si no lo fuese, nadie en su sano juicio le dejaría vivir allí.

El Reliant tuvo más actividad que el Mini, y a bordo de él se largaba tan campante la mañana del domingo, aparcaba en Primrose Hill («Se respira mejor»), e incluso iba hasta Hounslow. La mayoría de las veces, sin embargo, se contentaba (y creo que entonces sí estaba contenta) con sentarse en el Reliant y acelerar el motor. Pero como, por lo general, para hacer esto elegía la primera hora de la mañana del domingo, no se granjeaba el aprecio de los vecinos. Además, lo que ella llamaba «toda una vida con motores» no le había enseñado que acelerar un coche no recarga la batería, y cuando periódicamente se le descargaba yo tenía que sacarla y llevarla a cargar, sabiendo perfectamente que esto sólo significaría más acelerones. («No», insistía ella, «quizá vaya a Cornualles la semana próxima, digamos.») En realidad, el problema no era recargar la batería: lo malo era que me daba vergüenza que me vieran hurgando en un coche tan ridículo.

Marzo de 1987.

Las monjas de lo alto de la calle —o «las hermanas», como siempre las llama Miss Shepherd— se han habituado a hacerle algunas compras. Una de ellas ha dejado una bolsa esta mañana en el escalón posterior de la furgoneta. Son las inevitables galletas de jengibre y varios paquetes de compresas. Entiendo que sería difícil que me pidiera a mí que le comprara esas cosas, aunque también debe de resultarle problemático pedirselo a una monja. Forman parte de sus complicados métodos de aseo, y de vez en cuando las ves puestas a secar en el hornillo eléctrico manchado de costras de sopa. Como ha dicho el cartero esta mañana: «A veces el olor te echa un poco para atrás.»

Mayo de 1987.

Miss Shepherd quiere extender una manta encima del techo (además del pedazo de alfombra) para amortiguar el ruido de la lluvia. Le señalo que al cabo de unas

semanas estará frío, húmedo y asqueroso. «No, —dice ella—, sólo curtido.»

Ha puesto un cartel del partido conservador en la ventanilla lateral de la furgoneta. La única persona que lo ve soy yo.

Esta mañana estaba sentada en la portezuela abierta y cuando he pasado por delante ha tirado un paquete de Ariel vacío. La manta que cuelga sobre el cochecito de niño está cubierta de detergente. «¿Lo ha echado usted?», pregunto. «No», dice ella, enfadada, irritada por tener que explicar una obviedad. «Es detergente. Cuando llueva se lavará la manta.» Mientras trabajo sentado a mi mesa la veo encorvada sobre el cochecito, distribuyendo los polvos de jabón y esparciéndolos encima de la manta. Por el momento no han pronosticado lluvias.

Junio de 1987.

Miss Shepherd ha convencido a la asistencia social de que le den una silla de ruedas, aunque realmente había echado el ojo a la versión eléctrica.

miss s.: El chico de la otra acera tiene una. ¿Por qué yo no?

yo: El no puede andar.

miss s.: ¿Cómo lo sabe? No lo ha intentado.

yo: Miss Shepherd, tiene espina bifida.

miss s.: Pues yo de niña tenía los hombros redondos. Puede que no sea grave ahora, pero entonces era muy serio. He pasado por dos guerras; en la primera era una niña y no recibía raciones completas, y en la segunda trabajé en las ambulancias. ¿Por qué no se ocupan de los viejos?

Frustrada su ambición de una silla eléctrica, Miss Shepherd lo compensó comprando (nunca he sabido dónde) una segunda silla («Por si la otra se avería»). El inventario completo de sus vehículos de ruedas es ahora el siguiente: una furgoneta; un Reliant Robin; dos sillas de ruedas; un cochecito de niño plegable; un cochecito de niño plegable (dos plazas). Una y otra vez reduzco el número de esos cochecitos llevándome uno sigilosamente a un contenedor. Ella atribuye esas desapariciones a unos niños (que nunca le han gustado), y las remedia rápidamente adquiriendo otro de esos chismes en la chatarrería de Reg. Miss Shepherd nunca ha dominado la técnica de autopropulsión en la silla, porque se negaba a utilizar el mando manual («No me arreglo con todas estas tonterías»). Prefería, en cambio, desplazarse con dos bastones, con los cuales parecía más bien una esquiadora sobre suelo llano. Al final tuve que retirarle el mando («El peso extra afecta a mi salud»).

Julio de 1987.

Miss Shepherd (visera verde vivo, falda violeta, rebeca marrón, calcetines turquesa fluorescentes) sale por la verja en la silla de ruedas mediante una maniobra

compleja que podría haber simplificado mucho si hubiera empujado la silla hasta la calle. Un transeúnte se apiada de ella y se la lleva pitando al mercado. No tan «pitando», porque dificulta el trayecto más de lo necesario la negativa de Miss Shepherd a levantar los pies del suelo, con lo que el buen samaritano se ve empujando una silla continuamente retenida y frenada por esos pies grandes que se arrastran, enfundados en pantuflas. Ahora tiene las piernas tan delgadas que los pies son flaccidos y planos como las patas de un camello.

Aun así, habrá un momento de placer en este viaje, como en todos ellos. Cuando la han traído del mercado empujando la silla, dice a quien la empuja (y lo dice: nunca da las gracias) que la deje delante de la verja, pero en el centro de la calle. Después, cuando cree que nadie mira, levanta los pies, se incorpora y recorre andando los pocos metros de distancia hasta la verja. La expresión de su cara es de puro deleite.

Octubre de 1987.

He estado filmando en el extranjero.

—Cuando estuvo en Yugoslavia —pregunta Miss Shepherd—, ¿se encontró con la Virgen María?

—No —respondo—. Creo que no.

—Oh, bueno, se está apareciendo allí. Lleva varios años apareciendo todos los días.

Es como si me hubiese perdido una importante atracción turística.

Enero de 1988.

Pregunto a Miss Shepherd si ayer fue su cumpleaños. Ella asiente, cautamente.

—Así que ha cumplido setenta y siete.

—Sí. ¿Cómo lo ha sabido?

—Lo vi un día en que estaba rellenando el impreso del censo.

Le doy una botella de whisky y le explico que es sólo para darse friegas.

—Oh. Gracias. —Silencio—. Mr. Bennett, no se lo diga a nadie.

—¿Lo del whisky?

—No. Lo de mi cumpleaños. —Silencio—. Mr. Bennett.

—¿Sí?

—Tampoco lo del whisky.

Marzo de 1988.

«He estado haciendo un poco de limpieza de primavera», dice Miss Shepherd, arrodillada delante de un cuadro de suciedad y deterioro parecido a un *tableau* de

Kienholz. Dice que ha hablado con la asistente social de la posibilidad de que le den un bungalow, para el que estaría dispuesta a aportar «unos cuantos cientos o así». Es posible que el bungalow esté hecho de amianto, «pero podría usar una máscara. No me importaría, y por supuesto sería mucho mejor si se piensa en un incendio». Tiene las manos embutidas en mitones, una compresa secándose encima del hornillo y un lustroso folleto del Halifax que ofrece «fabulosas oportunidades de inversión».

Abril de 1988.

Miss Shepherd me pide que Tom M. le haga una foto para su nuevo pase de autobús.

—Sería una comedia, ¿no?, sentada en un autobús con el pase caducado. Usted podría ganar una fortuna y con muy poco trabajo, digamos. Yo era una actriz trágica nata —dice—, o de comedia, digamos. Una cosa o la otra, en todo caso. Pero entonces no me daba cuenta. Con estos pies grandes. —Adelanta los tobillos, colorados y sin calcetines—. Con estas manazas. —Tiene los dedos manchados de marrón—. Alta. La gente tropieza conmigo. Eso es comedia. Ojalá no tropezaran, claro, pero así es la cosa. No le estoy sugiriendo que haga una película —se apresura a decir, pensando quizá que se ha puesto demasiado en evidencia—, sólo que podría hacer reír a la gente.

Todo esto lo dice sin asomo de sonrisa, sentada en la silla de ruedas con las manos apretadas entre las rodillas y la gorra de béisbol puesta.

Mayo de 1988.

Sentada en la silla de ruedas, con un bote de pintura en la mano, Miss Shepherd da pequeños brochazos a la carrocería del Reliant, al cual se subirá dentro de poco, para ponerlo en marcha y acelerarlo contenta durante una media hora. Después apagará el motor y bajará la calle con el traqueteo de su silla. Ha estado charlando con Tom M. para que le repare el embrague, pero hay impedimentos. No puede ser el domingo, que es la festividad de San Pedro y San Pablo y fiesta de guardar. Tampoco, por lo visto, puede ser el domingo siguiente, porque el día de la Asunción cae en lunes y se celebra la víspera. En medio del caos de su vida y, ahora, creo, más o menos incontinente, ella atraviesa con una precisión fanática este campo minado de la liturgia.

Septiembre de 1988.

Miss Shepherd ha empezado a pensar en el apartamento otra vez, aunque no en el municipal que le ofrecieron hace unos años. Esta vez tenía puesto el ojo en algo

mucho más cerca de casa. De mi casa. Hemos estado hablando fuera y la dejo sentada en el peldaño de la entrada cuando vuelvo al trabajo. Es lo que ocurre a menudo: yo sentado a mi mesa, deseando trabajar, y ella sentada fuera, divagando. Esta vez sigue hablando del apartamento, monologando casi, pero a sabiendas de que la oigo. «Bastaría con un piso pequeño, incluso con una sola habitación, digamos. Por supuesto, no puedo subir escaleras, así que tendría que ser en una planta baja. Aunque pagaría la instalación de un ascensor.» (Sube el volumen.) «Y el ascensor seguiría siendo útil. Les serviría para la vejez. Y muy pronto deberían ponerse a pensar en la suya.» El tono del soliloquio me resulta conocido desde años atrás. Entonces caigo en la cuenta de que es como los monólogos, pronunciados para que alguien los oyera, del *Guillermo* de Richmal Crompton.

Su indumentaria de esta mañana: falda anaranjada, hecha con tres o cuatro trapos grandes; una chaqueta a rayas de satén azul; un pañuelo verde; una visera azul coronada por una gorra de visera caqui y en ella la insignia de una calavera y la leyenda Rambo.

Febrero de 1989.

La religión de Miss Shepherd es una extraña mezcla de fe tradicional y una creencia en la fuerza del pensamiento positivo. Esta mañana, como de costumbre, la batería del Reliant se ha descargado y me pide que la arregle. Se produce la discusión habitual:

yo: Pues claro que se ha descargado. Se descarga si el coche no circula. Acelerarle no carga la batería. Las ruedas tienen que rodar.

miss s.: No siga hablando así. Este coche no es igual. Hay milagros. Existe la fe. Los pensamientos negativos no ayudan. (*Vuelve a apretar el arranque y éste tose débilmente.*) Mire, ya ve. El demonio le ha oído. No debería decir cosas negativas.

El interior de la furgoneta es ahora indescriptible.

Marzo de 1989.

Sentada en su silla, Miss Shepherd trata de abrir con el bastón el pasador de la verja. Lo intenta con un extremo, después da la vuelta al bastón y prueba con el otro. Sentado a mi mesa, intentando trabajar, la observo ociosamente, como quien observa a una hormiga que intenta rodear un obstáculo. Ahora Miss Shepherd golpea la verja para atraer la atención de algún transeúnte. Ahora lloriquea. Golpea y lloriquea. Salgo. Cesa el lloriqueo y explica que tiene que hacer la colada. Mientras maniobro para cruzar la verja, le pregunto si está en condiciones de salir. Sí, pero necesita ayuda. Le explico que no puedo empujarla hasta allí. (¿Por qué no puedo?) No, ella no quiere eso. ¿La empujaría sólo hasta la esquina? La empujo. ¿La empujaría un

poco más? Le explico que no puedo llevarla a la lavandería. (Y además ya no hay lavandería, ¿a qué lavandería va?) Al final, sintiéndome como Fletcher Christian (pero sin ser cristiano) cuando abandona al capitán Bligh en el mar, la dejo en la silla delante de la casa de Mary H. Alguien aparecerá. Estaría más avergonzado si no pensara que, incluso cuando está pachucha, sabe exactamente lo que se trae entre manos.

Marzo de 1989.

Hay una fina capa de polvos de talco alrededor de la portezuela trasera de la furgoneta y, hechas una bola, servilletas de papel arrugadas y manchadas de lo que puede ser o no ser mierda, aunque no hay duda respecto al principal artículo de desecho, que es una compresa para la incontinencia urinaria usada. Mi método de manipular estos residuos no sería insólito en la central nuclear de Sellafield. Me pongo unos guantes, los envuelvo en unas bolsas de plástico, para mayor protección, y después de haber juntado los artefactos fecales los recojo con cuidado y los tiro al cubo. «Esa basura no es toda mía», dice una voz desde la furgoneta. «Una parte ha entrado volando por debajo de la verja.»

Abril de 1989.

Miss Shepherd me ha pedido que telefonee a los servicios sociales, y le digo que vendrá a verla una asistenta.

—¿A qué hora?

—No lo sé. Pero usted no va a salir. Hace una semana que no sale.

—Quizá salga. Ocurren milagros. Además, a lo mejor no puede hablar conmigo. A lo mejor no estoy en la puerta trasera. Podría estar en la otra punta de la furgoneta.

—Entonces hablará allí con usted.

—¿Y si estoy en la mitad?

Miss C. cree que le falla el corazón. Llama Mary a Miss Shepherd. Se me hace raro, aunque es su nombre, desde luego.

Abril de 1989.

Un elemento fijo en la lista de la compra de Miss Shepherd estos días son los sorbetes de limón. Tengo un montón en casa, pero ella insiste en que los siga comprando para disponer de un arsenal perpetuo.

—Ahora me he aficionado. No quiero que después me falten.

Le pregunto si le apetece una taza de café.

—Bueno, no quiero que se tome tanta molestia. Tomaré sólo media.

Hacia el final de su vida, Miss Shepherd se hizo amiga de una ex enfermera que vivía en el barrio. Esta me puso en contacto con un centro de día que accedió a recibir a Miss Shepherd, darle un baño, someterla a un examen médico y ofrecerle hasta una cama en una habitación individual, si quería quedarse. En retrospectiva veo que debería haber hecho algo similar unos años antes, pero Miss Shepherd sólo aceptó esta ayuda cuando la edad y la enfermedad la habían debilitado. Ni siquiera entonces fue fácil.

27 de abril de 1989.

Viene una ambulancia roja para trasladar a Miss Shepherd al centro de día. Miss B. habla con ella un rato en la furgoneta y poco a poco la convence de que salga y se sienta en la silla de ruedas. Tiene regueros de mierda en los pies hinchados y un pedazo de papel higiénico pegado a un tobillo escamoso. «Y si no me gusta, ¿puedo volver?», repite. La tranquilizo, pero al mirar dentro de la furgoneta y tratar de soportar el hedor, veo difícil que siga viviendo aquí mucho más tiempo. En cuanto vea la habitación que le están ofreciendo, el baño, las sábanas limpias, no concibo que quiera volver. Y, en efecto, arma más alboroto que de costumbre para asegurarse de que la puerta de la furgoneta queda cerrada, lo cual indica que contempla la idea de no regresar. Advierto cómo el conductor de la ambulancia se inclina sobre ella para ponerla en el montacargas sin sombra del asco que siento yo, el cuidado con que le arregla la ropa grasienta y le baja la falda sobre las rodillas en nombre del recato. La silla sube en el elevador y lentamente Miss Shepherd asciende y aparece por encima de la altura de la tapia del jardín y entra en la ambulancia. Hay cierta elegancia en ella cuando se va, una Dorothy Hodgkin de vagabundos, una premio Nobel abandonada, que con los gruesos pliegues de la cara sucia expresa una especie de satisfacción resignada. Hasta es posible que se estuviera divirtiendo.

Cuando se ha ido rodeo la furgoneta tomando nota de los motivos de nuestro contencioso: las tiras de alfombra que consiguió colocar sobre el techo, la manta amarrada encima para mitigar el sonido de la lluvia, las bolsas negras debajo de la furgoneta, llenas de ropa vieja..., el objeto de las escaramuzas que yo había perdido. Ahora me la imagino bañada, vendada, vestida con ropa limpia y empezando una nueva vida. Hasta me veo visitándola y llevándole flores.

Esta fantasía se disipa rápidamente cuando alrededor de las dos y media Miss Shepherd reaparece, bañada y con ropa limpia, es cierto, y con un largo par de calcetines de hospital sobre sus piernas empujadas, pero evidentemente muy contenta de volver. Tiene un número de teléfono donde se puede contactar con sus nuevos amigos, y me lo da. «Se les puede llamar a cualquier hora, —me dice—. Incluso en días festivos. Tienen buscapersonas de larga distancia.»

Cuando salgo para ir al teatro, golpea con el bastón en la portezuela de la

furgoneta. La abro. Está tendida, envuelta en sábanas blancas y limpias, sobre un edredón extendido encima de toda la suciedad acumulada y la basura del vehículo. Todavía le preocupa que la vuelva a llevar al hospital. Le digo que no va a ocurrir tal cosa y que se puede quedar todo el tiempo que quiera. Cierro la puerta, pero hay otro bastonazo y la tranquilizo de nuevo. Una vez más cierro la puerta, pero ella da otro golpe.

—Mr. Bennett. —Tengo que aguzar el oído para oírla—. Siento que la furgoneta se encuentre en este estado. No he podido hacer la limpieza de primavera.

28 de abril.

Estoy trabajando en mi mesa cuando veo llegar a Miss B. con un lío de ropa limpia para Miss Shepherd, que deben de haberle lavado ayer en el centro de día. Miss B. llama con los nudillos a la portezuela de la furgoneta, después la abre, mira dentro y —algo que nadie ha hecho hasta ahora— entra. Un momento después sale y sé lo que ha ocurrido antes de que llame al timbre. Volvemos al vehículo donde Miss Shepherd yace muerta sobre el costado izquierdo, la piel fría, la cara demacrada, el cuello estirado como para el hacha del verdugo, y una abeja zumbando alrededor de su cuerpo.

Hace un día precioso y el jardín brilla a la luz del sol, hay sombras intensas junto a las ortigas y jacintos silvestres debajo de la tapia, y me acuerdo de cuando, en sus momentos contemplativos, sentada en su silla, miraba el jardín. Me embarga el remordimiento por mi áspera conducta con ella, aunque al mismo tiempo sé que no era áspera. Aun así, nunca creí o quise creer del todo que estaba muy enferma, y también lamento todas las preguntas que no llegué a hacerle. Claro que no las hubiera respondido. Siento el fuerte impulso de plantarme en la verja y decírselo a todos los que pasan.

Entretanto, Miss B. se va y vuelve con una bonita doctora del St. Pancras, que parece no haber cumplido todavía veinte años. La médico entra en la furgoneta, toma el pulso a Miss Shepherd en el cuello extendido, la ausculta con el estetoscopio y, para evitar una autopsia, certifica una muerte por ataque cardíaco. Después viene el cura para bendecirla antes de que se la lleven a la funeraria y entra en la furgoneta: es la tercera persona que lo hace esta mañana, y todas ellas sin aversión ni previo aviso, lo cual me parecen tres pequeños actos de heroísmo. El sacerdote se inclina sobre el cuerpo, mientras su lustroso pelo blanco roza el techo de la furgoneta, murmura una oración inaudible y traza una cruz sobre las manos y la cabeza de Miss Shepherd. Luego se van todos y yo entro en casa a esperar a los empleados de la funeraria.

Llevo diez minutos sentado a mi mesa cuando me doy cuenta de que los empleados de la funeraria han estado aquí todo el tiempo, y de que la muerte, hoy día, llega (y se va) en una Ford Transit gris que está aparcada delante de la verja. Son tres,

dos de ellos jóvenes y corpulentos, y el tercero mayor y más experimentado: un sargento, por así decirlo, y dos cabos. Sacan un tosco ataúd pintado de gris, como un accesorio de prestidigitador, y, sin hacer comentarios sobre las extraordinarias circunstancias en que lo encuentran, cubren el cadáver con una sábana de plástico blanco y lo introducen a pulso en su caja mágica, donde cae con un leve ruido sordo. Al otro lado de la calle, los oficinistas de la Piano Factory salen a almorzar, pero nadie se para ni mira demasiado, y la mujer asiática que tiene que aguardar a que transporten la caja a lo largo de la acera hasta la (otra) furgoneta no mira hacia atrás.

Más tarde me acerco a la funeraria para organizar el entierro, y el director se disculpa por cómo me han respondido cuando he llamado. Una mujer ha contestado diciendo: «¿Qué desea exactamente?» Yo me he quedado perplejo, pensando que no hay una gran variedad en las peticiones de la gente que llama al establecimiento. Luego ha dicho, bruscamente: «¿Quiere que se lleven a alguien?» El director me explica que sus modales tan poco serviciales obedecían a que pensaba que mi llamada no era auténtica. «Nos gastan muchas bromas últimamente. A menudo he ido a recoger un cadáver que me abre la puerta.»

9 de mayo.

El funeral de Miss Shepherd es en Our Lady of Hal, la iglesia católica que hay a la vuelta de la esquina. Han insertado el oficio dentro de la misa de las diez y, en consecuencia, además de un contingente de vecinos, los asistentes incluyen, supongo, feligreses: el gordito de gafas gruesas y zapatillas de tenis que renquea todas las mañanas desde Arlington House hasta la iglesia; varias monjas, entre ellas la hermana de noventa y nueve años que mandaba en el convento cuando Miss Shepherd fue durante un breve tiempo una novicia; una mujer con un sombrero de paja verde que parece un tiesto volcado y que come tofes sin parar; y otra mujer con pantalones de color tabaco y una peluca como una cubretetera que toca el armonio. El monaguillo, un hombre maduro y con el pelo blanco, no lleva sobrepelliz, sólo ropa corriente y una camisa de cuello abierto, y, si no fuera porque conoce todo el ceremonial sagrado, podrían haberlo reclutado de la brigada que trabaja en la esquina, delante del Good Mixer. El cura es un joven irlandés con una carota roja de campesino y el pelo rubio rojizo, y él también, despojado de su sotana color crema, podría estar manejando un martillo neumático en las obras de fuera. Pienso en estos personajes durante todo el oficio, y me reafirmo en lo que siempre he sabido: yo nunca podría ser católico porque soy un gran esnob. La mayor renuncia que hizo John Henry Newman cuando volvió la espalda a la Iglesia anglicana debió de ser sin duda la social.

Pero la bondad abunda. Delante de nosotros, un anciano delgado que se sabe la liturgia al dedillo, al ver que no tenemos devocionario deposita el suyo encima de su

ejemplar del *Sun*, recorre el pasillo para traernos algunos y los reparte alrededor, sin dejar de decir las respuestas de memoria. El primer himno es «Lead Kindly Light» de Newman, que yo intento cantar, aunque desisto de seguir el segundo himno, que es «Kumbayá». Resulta que el cura tiene unos pulmones excelentes, si bien su tono es más apropiado para «Kumbayá» que para Newman y J. B. Dykes. El oficio en sí es soso y errático, incluso más que su equivalente anglicano actual, aunque en algunos pasajes captas en el lenguaje atenuado un eco lejano de 1662. Pero ahora llega el momento que yo temo, la celebración de darse la paz, que también me recuerda el calentamiento que Ned Sherrin insistía en infligir al público del estudio en su programa de televisión *Not So Much a Programme*, en el que todo el mundo tenía que darle la mano a su vecino. Pero de nuevo el amable anciano que nos ha ido a buscar los devocionarios se vuelve sin afectación ni embarazo y me estrecha la mano sonriendo. Después viene la misa propiamente dicha, el sacerdote distribuye las obleas a la monja de noventa y nueve años y a la señora con el tiesto en la cabeza, cuyo codo está cerca del ataúd donde yace Miss Shepherd. Por último se canta otro himno, esta vez obra del desconocido (para mí) compositor Kevin Norton, que evidentemente lo ha adaptado de su fracasada participación en el festival de Eurovisión; y Miss Shepherd es transportada fuera mientras el joven cura hace la voz solista y la feligresía forma un coro bastante apagado.

Los vecinos, que no son del todo deudos, aguardan en la acera a que embarquen el féretro en el coche fúnebre. «Un poquito mejor que su vehículo anterior», comenta Colin H.; y la comedia persiste cuando el coche que acompaña al fúnebre hasta el cementerio se niega a arrancar. Es una escena conocida, y que yo he representado muchas veces, con Miss Shepherd esperando dentro de su vehículo a que algún samaritano levante el capó, vaya a buscar cables y ponga el motor en marcha. Sólo que esta vez está muerta.

Sólo A. y yo y Clare, la ex enfermera que se había hecho amiga últimamente de Miss Shepherd, acompañamos el cuerpo, rodeamos Hampstead Heath, a una velocidad menos que fúnebre, bajamos Bishops Avenue y subimos al cementerio de St. Pancras, verde y exuberante este día caluroso y soleado. Dejamos atrás los bosques dispersos y llegamos hasta el extremo más lejano, donde hay largas hileras de tumbas nuevas, la mayoría de granito pulido negro. En consonancia con su amor de toda la vida a los coches, Miss Shepherd es enterrada al alcance de la vista y el oído de la North Circular Road, una calzada al otro lado del seto llena de grandes camiones que ahogan las palabras del cura cuando entrega el cuerpo a la sepultura. Nos da a cada uno una botellita de plástico que contiene agua bendita, arrojamos un poco de tierra a la tumba y después todo el mundo me abandona a los solitarios pensamientos que yo pudiera albergar, que no son muchos, hasta que nos llevan de vuelta a Camden Town: la vida se reafirma cuando la funeraria nos deposita cerca de

casa, delante de Sainsbury.

En el intervalo entre la muerte de Miss Shepherd y su entierro, diez días después, descubrí más cosas de su vida que durante veinte años. Era verdad que había conducido ambulancias durante la guerra, y voló por los aires o escapó por los pelos de la muerte cuando estalló una bomba cerca de ella. No sé muy bien si cabe atribuir su excentricidad a esto o a la leyenda, mencionada por una de las monjas, de que fue la muerte de su prometido en aquel incidente lo que «la dejó sonada». Sería un consuelo pensar que es el amor, o la muerte del amor, lo que desequilibra la mente, pero creo que sus precoces intentos de llegar a ser monja y sus repetidos fracasos («demasiado discutidora», dijo una de las monjas) denotan una personalidad que ya debió de ser muy difícil cuando Miss Shepherd era una muchacha. Después de la guerra pasó algún tiempo en hospitales psiquiátricos, pero se fugaba cada poco, y al final estuvo en libertad el tiempo suficiente para desenvolverse en la vida sin necesidad de vigilancia.

El punto crucial de su existencia fue cuando, sin que ella tuviera la culpa, un motociclista se empotró en el costado de la furgoneta. Si me baso en las otras, también aquélla debía de estar asegurada en el cielo, y no es de extrañar que ella abandonara el escenario del accidente («Puse pies en polvorosa», habría dicho) sin dar su nombre ni dirección. El motociclista murió posteriormente y por lo tanto, aunque ella no fuera responsable de la colisión, al huir del lugar donde se produjo había cometido un delito de omisión de socorro. La policía emprendió su búsqueda. Tras haber cambiado su nombre de pila cuando era novicia, ahora, en circunstancias bien distintas, se cambió de apellido y se puso Miss Shepherd, y volvió a Camden Town y a las inmediaciones del convento donde había hecho sus votos. Y aunque en los años que siguieron tuvo poco trato con las monjas, o las monjas con ella, no volvió a alejarse del convento hasta el final de su vida.

Todo esto lo he sabido en estos últimos días. Era como si Miss Shepherd hubiera sido un personaje de Dickens cuya historia había que revelar y cuyos secretos contar en el arreglo general antes del «fueron felices y comieron perdices», aunque en este caso lo único que sucedió fue que por fin pude meter mi coche en el jardín para ocupar el sitio que la furgoneta había ocupado durante todos aquellos años.

Posdata (1994)

Esta crónica de Miss Shepherd condensa algunas de las notas relacionadas con ella que hay dispersas en mis diarios.

En el texto no se hace hincapié (aunque se deduce de las fechas de las notas) en la formalidad de sus últimos días. El domingo anterior a su muerte asistió a misa, cosa que no había hecho durante muchos meses; la mañana del miércoles accedió a que la llevaran a bañarse, ponerse ropa limpia y a que la acostaran en la furgoneta con sábanas limpias; y murió esa misma noche. La progresión parecía tan clara que pensé, la primera vez que redacté esta crónica, que realzarla arrojaría dudas sobre la veracidad de mi relato, o al menos lo haría sentimental o melodramático.

Sin embargo, la doctora que certificó la muerte de Miss Shepherd dijo que había conocido otras muertes en circunstancias similares; que no era el baño (como yo me había preguntado jocosamente) lo que la había matado, sino que permitir que la lavaran y le pusieran ropa limpia fue tanto una preparación como un reconocimiento de que la muerte la estaba acechando.

Tampoco la crónica original aclara el modo en que, poco tiempo después de su muerte, llegué a conocer los hechos de su vida que ella me había ocultado tanto tiempo. Unos meses antes, un acceso de gripe debió de hacerla pensar en poner sus cosas en orden, y me había enseñado un sobre que quizá me hiciera falta «por si me sucede algo, digamos». Encontraría el sobre en el lugar, debajo del banco, donde guardaba sus papeles y sus libretas de ahorro. No dijo lo que contenía el sobre, y cuando se le curó la gripe y salió adelante, no volvió a mencionarme el asunto.

Fue por esa época, con todo, cuando tuve la primera sospecha de que su nombre quizá no fuera el auténtico. Sabía que tenía algún dinero en la Abbey National, y periódicamente llegaban por debajo de mi puerta sus folletos brillantes: imágenes alegres de propietarios de casas jóvenes y felices que cruzan su primer umbral y entran en una vida de felicidad hipotecada.

«Correo, Miss Shepherd», decía yo, llamando a la ventanilla y aguardando a que asomara la mano escuálida (las uñas largas y grises; los dedos manchados de ocre, como si hubiera estado manipulando arcilla). El folleto era trasladado al oscuro y fétido interior, donde ella tardaría un rato en abrirlo y le daría vueltas y más vueltas al paquete con manos dubitativas, hasta asegurarse de que la última y atractiva oferta de la Abbey no era un envío del IRA. «Otra bomba, digamos. Han oído mis opiniones.»

En 1988, la Abbey National, sociedad inmobiliaria, se disponía a convertirse en un banco, propuesta a la que Miss Shepherd, por alguna razón (la novedad, posiblemente), se oponía firmemente. Antes de rellenar su papeleta de voto, ella me preguntó (y se cuidó mucho de formular la pregunta de forma impersonal) si sería válido el voto de un accionista que hubiera cambiado de nombre. Respondí,

obviamente, que si las acciones las había comprado con un nombre sería para votar con él. «¿Por qué?», pregunté. Pero no debería haber preguntado después de tantas ocasiones en que, tras haberme dado un indicio de una revelación interesante, se negaba a continuar, se limitaba a mover la cabeza sin decir palabra y cerraba de golpe la ventanilla. Pero al día siguiente (y esto también era una pauta establecida), al pasar yo por delante de la furgoneta, asomé la mano.

—Mr. Bennett, no le diga a nadie lo que le dije de un cambio de nombre. Era sólo en teoría, digamos.

Durante algunos días después de la muerte de Miss Shepherd dejé la furgoneta como estaba, no por piedad ni por nada relacionado con el decoro, sino porque no era capaz de entrar dentro, y aunque puse un candado nuevo no intenté sacar sus libretas del banco ni localizar el sobre necesario. Pero la noticia se había divulgado, y cuando una tarde, al volver a casa, descubrí a un chatarrero fisgando por la zona comprendí que tenía que apretar los dientes (o taparme la nariz) y examinar las pertenencias de Miss Shepherd.

Hacer este trabajo como se debía habría requerido un equipo de arqueólogos. Cada superficie estaba cubierta de capas de ropa, vestidos, mantas y papeles acumulados, algunos de ellos intocados durante años y todos recubiertos de una costra de polvo de talco antiguo. Rociado imparcialmente sobre zapatillas mojadas, compresas para la incontinencia usadas y latas a medio comer de judías blancas, desprendía un olor tan fuerte que complementaba más que eliminaba la pestilencia distintiva de la furgoneta. El estrecho pasillo entre dos bancos donde Miss Shepherd se había arrodillado, rezado y dormido, estaba apisonado por quince centímetros de desperdicios empapados, sobre los cuales yacía un abono de comida vieja, pasteles Mr. Kipling, manzanas arrugadas, naranjas podridas y pilas por todas partes: pilas sueltas, pilas empaquetadas, pilas que se habían partido en dos y rezumaban una resina negra sobre los bizcochos prehistóricos y los omnipresentes sorbetes de limón que había en medio de ellos.

Con un pañuelo alrededor de la cara, levanté el banco debajo del cual ella me había dicho que estaban escondidos sus documentos bancarios. Debajo del asiento estaba lleno de polillas y gusanos, pero los documentos estaban allí, junto con otros que ella consideraba valiosos: un certificado de ITV de su Reliant caducado hacía mucho; una factura de algunas reparaciones que había hecho tres años antes; una oferta de dos semanas de sol y playa en las Seychelles que acompañaba a una determinada cera para automóviles. Lo que no estaba era el sobre. Así que lo único que se podía hacer era registrar toda la furgoneta, escarbar entre los desechos pestilentes con la esperanza de hallar la nota que había prometido dejar, y con ella quizá su historia personal.

Al registrar la furgoneta no sólo buscaba el sobre; cribando las inmundicias

acumuladas en quince años, confiaba en encontrar alguna pista de lo que había ocurrido para que Miss Shepherd quisiera vivir de aquel modo. Sólo que seguía encontrando objetos que sugerían que vivir «así» no era tan distinto de como vivía la gente corriente. Había un juego de utensilios de cocina, por ejemplo —un cucharón, una espátula, un pasapurés—, todos ellos sin usar. Era exactamente el tipo de cosas que mi madre compraba y colgaba en la cocina, sólo para que se vieran, mientras que seguía utilizando los viejos y fieles accesorios maltrechos que guardaba en el cajón de los cuchillos. Había cajas de jabón barato y, por supuesto, polvos de talco, con la envoltura de celofán sin romper; también tenía su contrapartida en el tocador de la casa de mis padres. Otro artículo que mi madre amontonaba eran los rollos de papel higiénico, y allí había una docena. Había una selección de condimentos todavía en su envase. ¿Cuándo, en medio de aquel caos, había pensado utilizar esos accesorios refinados? Sin embargo, ¿cuándo usamos nosotros los nuestros, permanentemente encerrados en el armario del aparador, listos para la vida social que mis padres nunca tuvieron o en realidad nunca quisieron tener? Cuanto más registraba, menos singular me parecía la furgoneta: sus convenciones y aspiraciones no eran muy diferentes de las que me habían inculcado en casa.

También había dinero en efectivo. En una bolsa que Miss Shepherd llevaba colgada del cuello había casi quinientas libras, y al arrancar las capas empapadas del suelo de la furgoneta encontré otras cien más. Contando el dinero que tenía en diversas sociedades inmobiliarias y sus libretas de ahorro, Miss Shepherd había conseguido ahorrar unas seis mil libras. Como no tenía derecho a una pensión, la mayor parte de esta suma debía de haberla cicateado del magro subsidio que recibía. No estoy seguro de si en el régimen actual le habrían alabado por sus economías o denunciado como gorrón. Aunque era una tory acérrima, parece una candidata excelente para la pequeña lista del nuevo ministro de Asuntos Sociales, Mr. Lilley, una asalariada de la sociedad «algo a cambio de nada». Me habría gustado ver a Lilley diciéndole esto.

Por modesto que fuera el patrimonio de Miss Shepherd, era mayor de lo que yo esperaba y hacía más urgente encontrar el sobre. Volví a revolver, por tanto, entre las ropas viejas, esta vez palpando con cautela en los bolsillos y sacudiendo las mantas grasientas en una ventisca de polillas y polvos de talco French Fern. Pero no había nada, sólo su pase de autobús, la triste fotografía que parecía haber sido sacada durante el asedio de Stalingrado y que difícilmente representaba un buen augurio para la serie de comedia que una vez me había sugerido que escribiera sobre el tema. A punto estaba de darme por vencido, tras haber decidido que debía de guardar el sobre encima y que había desaparecido al mismo tiempo que el cuerpo, cuando di con él, apelmazado de sopa rancia y metido en el compartimento de los guantes junto con otro alijo de pilas y sorbetes, y con la leyenda «Mr. Bennet, si es necesario».

Buscando todavía alguna explicación («Soy así, digamos, porque...»), abrí el sobre. Fiel a su historial, ni siquiera en su comunicación final Miss Shepherd estaba dispuesta a revelar algo más. Estaba sólo el apellido de un hombre, que no era el de ella, y un número de teléfono en Sussex.

Terminé de limpiar la furgoneta, desguacé el pasillo y abrí todas las ventanillas y puertas y, por primera vez desde que Miss Shepherd se había instalado en ella, despedía un olor casi agradable, sólo que era aquel espantoso olor dulzón que ella le había inoculado. Mi vecino, el artista David Gentleman, que diez años antes había hecho un boceto relámpago de Miss Shepherd observando la retirada de un vehículo anterior, ahora vino a hacer un dibujo romántico del último, rodeado de hierba alta y con las cortinas en jirones ondeando a la brisa de la primavera.

2 de mayo de 1989.

Esta tarde viene un hombre bastante atildado que, hace quince años, se negó a ejecutar una orden municipal de retirada de uno de los vehículos anteriores de Miss Shepherd, alegando que había alguien viviendo dentro. Eso dice él, en todo caso, aunque sólo sea quizá para sostener su derecho. Se queda en la entrada, aguardando tal vez a que yo mencione un precio; yo también espero, preguntándome si va a formular una acusación. El silencio por ambas partes parece indicar que la transacción ha concluido sin pago por ninguna de las partes, y menos de una hora después vuelve con su grúa. Tom M. saca fotografías mientras levantan la furgoneta en el aire, como si fuera el cadáver de un elefante, y la pasan a través de la puerta hasta la rampa, con los neumáticos milagrosos, por suerte todavía hinchados; el hombre garabatea «Remolcado» en la espesa capa de mugre que recubre el parabrisas; yo poso junto al capó para una última foto (que no sale), y la furgoneta sube por última vez Gloucester Crescent y deja el espacio que ocupaba en el jardín tan amplio y vacío como la Piazza San Marco.

5 de mayo de 1989.

«¿Mr. Bennett?» La voz es una pizca militar y muy aguda, aunque sin ningún acento y nada que indique que es un hombre que debe de pasar de los ochenta.

—Me ha enviado una carta sobre una tal Miss Shepherd, que al parecer ha muerto en el jardín de su casa. Tengo que decirle que no conozco a esa persona.

Un poco perplejo, describo a Miss Shepherd y sus circunstancias y le doy su fecha de nacimiento. Hay una ligera pausa.

—Sí. Bueno, está claro que es mi hermana.

Me cuenta la historia de Miss Shepherd y que, al volver él de África después de la guerra, la encontró persiguiendo a la madre de ambos, diciéndole que era una

malvada y lo que debía y no debía comer, situación que finalmente le movió a internarla en un hospital psiquiátrico, en Haywards Heath. Me refiere la historia posterior, o al menos lo que conoce de ella, y dice que la última vez que la vio fue hace tres años. Es franco y directo y no oculta el hecho de que se siente culpable por haberla internado, aunque no ve qué otra cosa podría haber hecho, nunca se llevaron bien y no comprende cómo yo he podido soportarla todos estos años. Le hablo del dinero, con la ligera expectativa de que él cambie de parecer y recalque que en realidad estaban muy unidos. Pero sucede lo contrario. Puesto que no se entendían no quiere el dinero y dice que debo quedármelo yo. Cuando le digo que yo también renuncio a tenerlo, me dice que lo entregue a la beneficencia.

Anna Haycraft (Alice Thomas Ellis) ha mencionado la muerte de Miss Shepherd en su columna del *Spectator*, y se lo comunico, en realidad para mostrar que su hermana contaba con el afecto de algunas personas y no era simplemente una anciana cascarrabias. «Cascarrabias no es la palabra», dice, y se ríe. Presiento a una esposa a su lado, y después de colgar me los imagino reflexionando sobre esta llamada.

Yo también reflexiono y pienso en la vida audaz que ha tenido Miss Shepherd y en el contraste con mi manera tímida de vivirla; vivir, como dijo Camus, es un poco lo opuesto a expresar. Veo que la ubicación de Miss Shepherd y la furgoneta delante, pero al margen, de donde escribo, es la ubicación de casi todo sobre lo que escribo; también es lo marginal y nunca lo que tengo delante.

Más de un año después, estando cerca del pueblo de Sussex donde vivía F., telefoneé para preguntar si podría visitarle. En el ínterin había escrito sobre Miss Shepherd en la *London Review of Books* y dado una serie de charlas sobre ella en Radio 4.

17 de junio de 1990.

El señor y la señora F. viven en un pequeño bungalow dentro de una urbanización moderna, a poca distancia de la carretera principal. Supongo que me esperaba algo más suntuoso por la firmeza con que él había rechazado el legado de su hermana; de hecho, la señora F. es inválida y la posición del matrimonio es evidentemente muy modesta, lo que hace que su renuncia sea más encomiable de lo que yo pensaba. Por su manera de hablar por teléfono yo me imaginaba a alguien enérgico y serio, pero es un hombre algo regordete y jovial, y tanto él como su mujer se ríen mucho. Me ofrecen un pedazo de pastel delicioso que ha hecho él (la señora F. está casi inmovilizada por la artritis) y después responden pacientemente a mis preguntas.

La revelación más interesante es que, de joven, Miss Shepherd fue una pianista de talento que había estudiado en París con Cortot, quien le dijo que debería seguir una

carrera de concertista. Su decisión de hacerse monja puso fin al piano, «y eso no debió de ser bueno para su estado mental», dice el señor F.

Recuerda las ocasionales visitas de su hermana, que nunca se presentaba en la puerta, sino que atravesaba al trote el campo que había detrás de la casa y saltaba la cerca. Nunca prestó la menor atención a la señora F., sospechando, y con razón, que las mujeres tendían a ser menos tolerantes con ella que los hombres.

F. dice que toda esa historia del novio, que me llegó a través de las monjas, era absurda; a ella no le interesaban los hombres y nunca tuvo ninguno. Cuando trabajó en el servicio de ambulancias, los otros conductores le tomaban el pelo, y una vez le preguntaron por qué no se había casado. Ella se irguió y dijo: «Porque no he encontrado al hombre que me hubiera satisfecho.» Desconcertada por sus risas, fue a su casa y se lo contó a su madre, que también se rió.

F. no ha ocultado la situación a sus amigos, especialmente después de mis charlas en la radio, y dice a la gente que se ha pasado la vida intentando dejar huella y ahí la tienes a ella, que ha vivido como una vagabunda, más famosa de lo que él nunca será. Pero habla de su carrera en África, dice que sigue trabajando de veterinario a tiempo parcial y yo me marché pensando que forman una pareja admirable, divertida y afable, y tan buenos en la práctica como Miss Shepherd en la teoría: el hermano Marta para su hermana María.

A veces, cuando oigo la portezuela de una furgoneta, pienso: «Ahí está Miss Shepherd», e instintivamente levanto la vista para ver qué ropa se ha puesto esta mañana. Pero la mancha de aceite que señalaba el lugar de la furgoneta ha desaparecido hace mucho, y las salpicaduras de pintura amarilla en la acera casi están descoloridas. Pero Miss Shepherd dejó una herencia más duradera, y no sólo a mí. Como la difteria y la goma, asocio las polillas con los años cuarenta, y hasta que Miss Shepherd se afincó en mi jardín las creía firmemente relegadas al pasado. Pero al igual que fueron unas ropas las que supuestamente propagaron la plaga en el pueblo del condado de Derbyshire, fue un lío de ropas de Miss Shepherd, aunque estuviera fuertemente envuelto en una bolsa de plástico negra, lo que trajo la plaga a mi casa y la extendió desde la bolsa al ropero y del ropero a las alfombras, y la aparición de una polilla ocasiona palmadas frenéticas y pisoteos feroces. Tras su muerte, mi vigorosa limpieza de la furgoneta difundió aún más la plaga, y ahora muchos de mis vecinos han llegado a compartir esta herencia indeseada.

Su tumba en el cementerio de St. Pancras apenas no es más estrecha que el espacio donde durmió los veinte años anteriores. No tiene epitafio, pero creo que este anonimato no hubiera desagradado a una persona tan reacia a confesar su nombre o a divulgar cualquier información sobre sí misma.

Notas

[1] En inglés, *the Good Shepherd*. (N. del T.) <<